

era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas, y entrase así en su gloria? Y empezando por Moises, y discurriendo por todos los profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de él. En esto llegaron cerca de la aldea adonde iban; y él hizo ademán de pasar adelante. Mas le detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque ya es tarde, y va ya el día de caída. Entró pues con ellos; y estando juntos en la mesa, tomó el pan y le bendijo, y habiéndole partido se los dió. Con lo cual se les abrieron los ojos y lo conocieron; mas él desapareció de su vista. Entónces se dijeron uno á otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, miéntras nos hablaba por el camino, y nos explicaba las Escrituras? Y levantándose al punto, regresaron á Jerusalem, donde hallaron congregados á los once *apóstoles*, y á otros de su séquito, y que decían: El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido á Simon. Ellos por su parte contaban lo que les habia sucedido en el camino, y cómo le habian conocido al partir el pan.

MEDITACION.

Sobre nuestra resurreccion á la vida de la gracia.

Considera que Jesucristo resucitado ya no muere: la muerte no le dominará mas, dice S. Pablo, y es bien sabido que si en su muerte nos dió el ejemplo de la muerte mística con que debemos hacer que caiga y desaparezca cuanto formaba en nosotros el cuerpo de pecado ú hombre viejo, en su resurreccion nos lo da de lo que nos conviene practicar para mantener en nosotros el ser de gracia que hemos adquirido, y todo lo que mira al incremento y perfeccion del hombre espiritual, del hombre nuevo. Es verdad; entre el original y la copia se da gran diferencia: Jesucristo no muere, y no muere porque ya es inmortal; mas el hombre resucitado á la vida de la gracia, puede aún morir á ella por el pecado. Sin embargo, no por esto deja de ser la inmortalidad de Jesucristo ejemplo de la nuestra, pues si no somos santos por naturaleza, podemos y debemos serlo por la misma gracia, manteniéndonos en ella por el medio esencialísimo de evitar el pecado y de procurar el aumento y fervor de la caridad.

Considera que Jesucristo, como dueño y Señor de la vida y de la muerte, solo pudo ser dominado de ésta queriendo como quiso

abrazarse con ella para nuestra redencion; pero de ningun modo por una necesidad como la que tenemos nosotros de morir. Así es que resucitando una vez ya no muere, y la muerte no puede dominarle. Pues hé aquí que aun en esta suprimidad de su soberanía y su poder, esto es, de su libertad para no morir si él no queria, y para no dejarse dominar de la muerte una vez resucitado, aun esto, repetimos, es para nosotros un tipo que podemos copiar. Enhorabuena, no está en nuestra mano nacer sin la culpa original, tampoco podemos decir que no pecaremos, pues nuestra naturaleza corrompida nos inclina al pecado; pero una vez regenerados por el bautismo, si podemos conservar toda nuestra vida esta primera gracia, ayudándonos el Señor con sus auxilios eficaces, de modo que si morimos con la muerte del pecado, es porque queremos admitirla, pues no estamos necesitados á pecar; y si aun habiendo cometido pecado personal, resucitamos despues por la penitencia, podemos tambien conservarnos en esta gracia de justificacion, usando debidamente de los sacramentos y demas medios poderosísimos con que el Señor nos fortalece y nos hace, por decirlo así, superiores á la muerte ó como inmortales en la vida sobrenatural de la gracia.

PETICION Y PROPOSITOS.

¡Oh cuanta es, Señor, vuestra bondad, y la magnificencia y liberalidad con que nos habeis enriquecido, derramando en nuestro seno los tesoros inagotables de vuestra gracia y justificacion! Nosotros os bendecimos por esta vuestra benignísima misericordia, y os pedimos, que ya que venisteis á la tierra para que tuviéramos vida en abundancia, os digneis infundírnosla, no segun nuestro mérito, que es ninguno, sino segun la grandeza de vuestra misericordia.

JACULATORIA.

Viva yo, mas no yo; viva en mí Jesucristo.

LECCION.

Sobre la resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo.

Aquellos grandes acontecimientos que fijan la felicidad de los pueblos, jamas se borran de la memoria de los buenos ciudadanos. Estos celebran con las efusiones más tiernas de su corazón, los ani-

de cuatro días; pero estas resurrecciones no se obraron por virtud de los mismos difuntos, sino por un poder extraño, y eran durables solo por poco tiempo, pues los mismos que los vieron resucitar, los vieron poco despues morir. Solo el divino Salvador, el árbitro de la vida y de la muerte, tuvo el glorioso privilegio de resucitarse á sí mismo, de librarse de la corrupcion del sepulcro, y salir con su propia fuerza á una nueva vida que jamas habia de espirar: nuestra fé, convencida de su triunfo, y nuestra esperanza reanimada con él, hacen que nuestro amor siga sus pasos victoriosos.

No hay cosa mas comun entre los hombres que la muerte; venla todos los siglos, todos los pueblos, todas les edades, todos los estados y generaciones: el sol cada dia al ponerse, las rosas al marchitarse, los animales al alimentarnos y sus pieles al vestirnos, no presentan á nuestra vista sin cesar, sino los tristes despojos de la parca inexorable. En vano procuran los tiranos durante su vida hacerse temibles con su poder; ellos caen del sôlio de su grandeza á la humillacion del sepulcro. En vano se solicita por los llamados héroes, el hacerse ilustres y beneméritos por sus victorias; la vida del hombre es una guerra en la que el vencedor al fin es vencido, y cuando menos piensa, se halla él mismo envuelto en el número de los que su ambicion asesinó con sus propias manos. En vano se hacen vehementes esfuerzos para distinguirse con la grandeza y la fortuna, pues los títulos mas ostentosos y el orgullo mas refinado se sepultan en el mismo sepulcro que el pobre. En vano nos estenuamos para hacernos célebres por las ciencias; nuestros estudios suelen ser nuestros propios homicidas. En vano, en fin, nos lisonjamos con hacernos célebres por el ingenio ó por la belleza; las flores mas brillantes son las menos durables. Cada dia y cada instante estamos muriendo para morir enteramente en el dia fatal de nuestras tinieblas: los mas hermosos años no son mas, en espresion de un profeta, que algunos momentos brillantes de una vida que á cada paso se desmorona. Pero si no hay cosa mas cierta que la muerte, tampoco no hay cosa mas admirable que la resurreccion por propia virtud.

Hermanos míos, dijo el primero de los apóstoles á los judíos: David, aquel gran rey, aquel santo profeta, que venció tantas naciones, que pronunció tantos oráculos, murió sin embargo en medio de la prosperidad. Es verdad que degolló leones, que abatió gigantes, que hizo tantas maravillas; pero al fin fué sepultado. Es

cierto que su alma está gloriosa, que posee á Dios y vive en compañía de los bienaventurados; pero no ha resucitado: aun existe separada de su cuerpo; su sepulcro está en la ciudad: vemos en Israel sus huesos con sus trofeos; pero no sucede esto mismo con Jesucristo: sabemos que murió; pero tambien sabemos que resucitó: anunciamos con toda seguridad el triunfo de su resurreccion; no pudieron arruinarlo los suplicios, ni detenerlo las guardias: cumplió sus promesas y verificó sus oráculos: nadie puede mostrar su cuerpo ni enseñar su cadáver: cávese su sepulcro, y no se hallará en él sino el testimonio eterno de su gloria. Resucitó.

¡Cuán dignos de lástima seríamos, si Jesucristo no hubierar esucitado! No solo estaríamos todavía en poder del pecado y bajo el imperio del demonio, sino que tambien no tendríamos ya esperanza de resucitar algun dia; nuestra fé seria vana, y nuestras predicaciones inútiles. Mas no es así: Jesucristo resucitó; luego tambien nosotros resucitaremos, pues escrito está, que seremos algun dia semejantes á él en la gloria; que nuestros cuerpos, aunque convertidos en polvo y en cenizas, serán reanimados; nuestros huesos áridos y secos se unirán á nuestra carne, y formarán el antiguo cuerpo, aunque ya no mortal ni sujeto á enfermedades, sino glorioso é impasible. Tal será la feliz suerte de los justos despues de su resurreccion: ya no estarán sujetos, ni á los trabajos, ni á los tormentos, ni á las violencias de las pasiones, ni á los exesos de las enfermedades ni dolencias, cuyo término es siempre la muerte; pero esta suerte de los justos no lo será sino despues de haber mortificado su cuerpo como S. Pablo, y haberle reducido á servidumbre; no lo será sino despues de haber macerado su carne con ayunos, mortificaciones, trabajos y continuas austeridades.

Almas sensuales que idolatrais vuestro cuerpo, que le tratais con tanta blandura y que le sumergis en todo género de deleites, sin mortificar pasion alguna: ¿creéis que vuestros cuerpos delincuentes resucitarán algun dia gloriosos? ¿que vuestra carne, infestada con tantos crímenes y con tantas impurezas, será asociada á la de los bienaventurados? ¿que tendrá por compañeros á los ángeles, á Jesucristo por cabeza y á Dios por objeto de sus delicias? Nada menos que eso; esa carne será víctima del demonio, y su suerte será el infierno. Es preciso, pues, resucitar en esta vida espiritualmente, esto es, pasar del pecado á la gracia: la resurreccion de Jesucristo nos sirve de modelo: lo que él hizo para salir del sepul-

cro, debemos nosotros hacer para salir del pecado. Esta será la materia de la leccion de mañana.



MARTES DE PASCUA.

LA solemnidad de este tercer día, no es otra cosa que una continuacion de la del primero, pues es la misma celebridad, el mismo misterio, la misma fiesta de este día es la de los dos antecedentes. El Introito de la misa de ayer, nos anuncia el derecho que nos adquirió el Salvador, por su Resurreccion á la tierra de promision, bañada de rios de leche y miel, esto es, á la celestial Jerusalem, dulce morada de los bienaventurados y que nosotros miramos desde este destierro como nuestra celestial patria. El Introito de la misa de hoy nos descubre las principales ventajas de esta rica herencia que Jesucristo nos mereció. El Señor les dió á beber el agua de la sabiduría, aquella agua viva que salta hasta la vida eterna. Hechos hijos adoptivos del Padre celestial, no serán forzados ya, como les sucede á los esclavos, á cavar aquellas cisternas en que no hallaban sino una agua turbia y cenagosa, incapaz de apagarles la sed: de hoy en adelante hallarán en la casa del Padre de familias, esto es, en la Iglesia, un manantial de agua viva, que alumbrará sus entendimientos y les dará la inteligencia de las mas sublimes verdades, y el don de una sabiduría que les enseñará el camino del cielo, y no los dejará estraviarse. Bendigamos al Señor, por una tan gran misericordia. Este don de sabiduría no será pasajero; permanecerá en los hijos de Dios: este manantial de agua viva no se secará jamas en la Iglesia. Las mas crueles persecuciones, las ruinas y destrozos, por decirlo así, de tantos millones de cuerpos de mártires no han podido hacerla tomar otro curso; la fuente de agua viva, de esta agua saludable de la sabiduría, no se puede hallar en las sectas; no se encuentra, ni puede encontrarse sino en la verdadera Iglesia: no hay otros que beban de ella sino los hijos de esta Iglesia. Bendigamos eternamente al Señor por un tan señalado beneficio. El mundo, cuya pretendida sabiduría no es sino necedad, mirará con desprecio á los hijos de Dios, que son verdaderamente los hijos de la luz; pero la sabiduría pura, santa y verdadera, cuya fuente han encontrado, los colmará eternamente de gloria: no cesemos de dar gracias á Dios por un tan

insigne beneficio, y cantemos sus alabanzas con una santa alegría. Cantad las alabanzas del Señor, invocad su nombre, y haced que todos los pueblos de la tierra conozcan la grandeza de sus obras. La Iglesia no puede contener su gozo en todo el tiempo Pascual, y así no tiene en la boca sino cánticos de alegría y acciones de gracias, y su reconocimiento por el beneficio de la redencion, la lleva á querer inspirar sus mismos sentimientos á todos los pueblos de la tierra.

La Epístola es del capitulo XIII de los hechos de los apóstoles; donde se nos refiere el sermon de San Pablo á los judíos de Antioquía de Pisidia. En esta ciudad, capital de la Siria, que recibió la fé de Jesucristo por la predicacion de los apóstoles, veia crecer cada día el número de los fieles, y tuvo la dicha de oír la primera vez llamarse *cristianos* los discípulos de Jesucristo, lo que fué hácia el año de 43 de la era cristiana. Habia en esta Iglesia muchos profetas y doctores, entre los cuales estaban el santo, que bien pronto tomó el nombre de Pablo y Bernabé. Habiendo el Espíritu Santo escogido á San Pablo y á San Bernabé para que fuesen á predicar á los Gentiles, partieron los dos apóstoles sin dilacion, y la primera ciudad donde hicieron mansion, fué Seleucia, ciudad marítima de Siria, poco distante de Antioquía. De allí pasaron á la isla de Chipre, predicando en todas partes con muy feliz suceso, y haciendo muchos milagros. Habiendo partido de Patfos, San Pablo y San Bernabé, se embarcaron con muchos fieles que se les habian juntado. Entraron en Perges, ciudad de Panfilia, y pasando mas adelante, llegaron á Antioquía de Pisidia, donde estaba establecido un gran número de judíos, que hacian un rico y ventajoso comercio. Habia en dicha ciudad una famosa Sinagoga, á que concurrieron los dos apóstoles el sábado. Habiendo entrado en ella cogieron puesto, y habiéndose sentado, oyeron lo que se leia. Era costumbre entre los judíos leer todos los sábados en sus Sinagogas, un capítulo de la ley y algun pasage de los profetas: despues de lo cual el que presidia la junta convidaba á alguno, especialmente á los estrangeros, á hacer alguna plática al pueblo sobre lo que se acababa de leer. Acabada la lectura ordinaria, el que presidia, envió á decir á Pablo y á Bernabé que si tenian alguna palabra de consuelo que decir al pueblo, se les oiria con gusto. Entónces San Pablo se levantó, y haciendo señal con la mano para que callasen, les habló de esta manera: „A vosotros, hermanos míos, hijos de la

versarios de aquellos dias venturosos, y procuran grabarlos profundamente en los corazones de sus hijos. Si á tanto nos excita la memoria de un bien temporal, de un bien que se reparte entre toda la multitud de individuos de una nacion, ¿qué sentimientos no deberá excitar en nuestras almas el aniversario del acontecimiento mas feliz que han visto los siglos? ¿De un bien que aunque comprende á todos los hombres, cada uno lo disfruta tan entero, tan completo, como si se hubiera verificado esclusivamente en beneficio suyo? ¡Ah! jamas, jamas deberia apartarse de nuestra memoria la pasion, muerte y resurreccion del Señor. En las dos primeras tenemos nada menos que aquel gran sacrificio, aquella víctima inmaculada que satisfizo al Eterno Padre deudas, que ni todos los hombres, que ni aun todos los espíritus celestiales reunidos á ellos hubieran podido pagar. La última, es decir, la resurreccion de Jesus, es como el sello que asegura y confirma la realidad de ese tesoro. La resurreccion nos confirma en la verdad de nuestra santa religion, y ésta nos enseña cuál era nuestro triste estado antes de la venida de Jesus; cuál debia ser si no se hubiera dignado venir, y cuál es despues de haber venido. Esa religion se halla comprobada con pruebas abundantes y sólidas: es necesario que las pasiones ofusquen del todo la buena fé y la sana razon, para que no nos convenzamos con ellas; pero la resurreccion vino á corroborar todas esas pruebas de una manera sensible. Si Jesus resucitó por sí mismo, no hay duda en que es un Dios, porque solo un Dios puede verificar este milagro, y si es Dios, es de consiguiente infalible y no pueden faltar sus promesas. Hé aquí las dos bases sobre que se funda todo el edificio de la religion.

Un espectáculo verdaderamente admirable, un triunfo jamas oido, es lo que se presenta el dia de hoy á nuestra contemplacion. Jesucristo, cuya muerte hemos llorado los dos dias anteriores, á quien vimos espirar sobre el afrentoso patíbulo de la Cruz en medio de dos ladrones á la violencia del mas cruel de todos los suplicios, á quien nuestro amor llevó al sepulcro, ha resucitado en fin; y habiendo sido el motivo mas justo de duelo y de tristeza, lo es hoy de la mayor alegría. Salió del sepulcro rodeado de esplendor y de gloria: no hay obstáculos á su poder: la misma muerte, que creía haberlo vencido, es hoy el objeto de su triunfo: a Sinagoga enmudece, los enemigos de Jesucristo se confunden; pero los fieles discipulos del Crucificado se llenan de regocijo y alegría, enjugar

sus lágrimas, su fé vacilante se confirma, y su esperanza adquiere el mayor motivo de firmeza.

En efecto, si Jesucristo no hubiera resucitado, como lo prometió, nuestra fé, dice S. Pablo, seria vana, nuestra religion sin fundamento: lo presente se hallaria sin consuelos y lo venidero sin esperanza de recompensa: la naturaleza toda corrompida desde su origen, gemiria siempre bajo el peso de sus enfermedades; mas con la resurreccion de Jesucristo, dudas, escrúpulos, fé vacilante é incredulidad, todo se dispó. Jesucristo resucitando acreditó su palabra, autorizó sus máximas, justificó su doctrina, cumplió las profesías, y afianzó la verdad de las escrituras. Jesucristo resucitando dió fin á la Sinagoga, derribó sus altares, abolió sus sacrificios, dispersó sus sacerdotes, y estableció el cristianismo, dando á la religion un nuevo sacrificio, una nueva víctima, un nuevo sacerdocio y una nueva forma: con la resurreccion de Jesucristo la religion del pueblo de Israel es ya inútil; sola la del Crucificado es verdadera, sola ella es capaz de sostener con fundamento la dulce esperanza de la resurreccion bienaventurada, y de la posesion de una gloria inmortal. Los miembros deben tener la suerte de su cabeza: él ha resucitado; luego nosotros resucitaremos tambien: él resucitó glorioso; á nosotros, pues, se nos espera una resurreccion gloriosa: es verdad que Jesucristo resucitó; luego nuestra esperanza es fundada: la gloriosa resurreccion de Jesucristo es modelo de la espiritual de nuestras almas. Entremos en materia.

Antes que Jesucristo resucitase, sabiamos, dice S. Agustin, que los hombres nacian y que morian; pero no sabiamos que podian resucitar. Una continua esperiencia, harto lamentable, nos hace ver que los hombres todos descenden al sepulcro, y son pasto de la podre y los gusanos: el monarca mas soberbio, como el esclavo mas humilde, están sujetos á la corrupcion; ni el mármol le es obstáculo, ni la fosa impedimento; pero el prodigio que veneramos el dia de hoy, jamas habia llegado á nuestro conocimiento, esto es, que pudiera haber en la naturaleza un hombre tan poderoso por sí mismo para salir de la morada y seno de la muerte, para resucitarse él mismo y volver por su propia virtud á la vida, sin tener que morir ya jamas.

No hay duda que se habian visto resurrecciones, como la del niño resucitado por Elías; la del mancebo por Eliseo: la hija del príncipe de la Sinagoga, el hijo de la viuda de Naim, y Lázaro sepultado